

# BUENOS AIRES FANTÁSTICA



NUEVAS NARRATIVAS

Ediciones  
Bonaerenses





**BUENOS AIRES  
FANTÁSTICA**



**BUENOS AIRES  
FANTÁSTICA**



Ediciones  
**Bonaerenses**

Buenos Aires Fantástica / Tiziano Szayner ... [et al.] ; ilustrado por Daniel Diteruggi. - 1a ed. - La Plata : Ediciones Bonaerenses, 2021.  
96 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Nuevas narrativas ; 2)

ISBN 978-987-47647-5-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Cuentos Fantásticos. I. Szayner, Tiziano. II. Diteruggi, Daniel, ilus.  
CDD A863.9283

Gobierno de la Provincia de Buenos Aires  
Calle 6 e/ 51 y 53, La Plata (1900), Buenos Aires, Argentina

© Ediciones Bonaerenses  
2021

Dirección general: Federico Thea  
Dirección editorial: Guillermo Korn  
Coordinación general: Agustín Arzac  
Edición: Joaquín Conde  
Corrección: María Laura Ramos Luchetti  
Diseño de colecciones: Ezequiel Cafaro  
Diseño: Federico Gianni  
Ilustración de tapa: Daniel Diteruggi

1ª edición, marzo de 2021  
2021, Ediciones Bonaerenses, Gobierno de la Pcia. de Buenos Aires  
Todos los derechos sobre esta obra fueron cedidos para la presente edición

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina



Licenciado bajo Creative Commons  
Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual







## Nota editorial

En cada ciudad, en cada pueblo, en cada pequeño lugar de la provincia hay historias extraordinarias que casi todos conocen, pero muy pocos se animan a desentrañar. Casas vacías que en ciertos momentos de la noche dejan oír voces, criaturas extrañas que habitan el fondo de una laguna y que no se dejan ver a la luz del día, o luces pequeñas y brillantes que llaman la atención de los paisanos en parajes donde no hay siquiera luz eléctrica.

El Concurso Buenos Aires Fantástica estuvo organizado conjuntamente por la Unidad Bicentenario del Ministerio de Comunicación Pública y la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

La propuesta fue convertir esas historias en materia de escritura. Este libro nace como resultado de dicho certamen, en el que participaron alrededor de 2200 estudiantes bonaerenses del Ciclo Superior del Nivel Secundario. Los cuentos participantes debieron superar tres instancias de evaluación, debido a la extensión de la provincia y al gran número de escuelas y alumnos convocados. Primero, una instancia distrital, donde un jurado integrado por un escritor local, un bibliotecario y un representante de la Jefatura Distrital seleccionaron dos obras por distrito. Luego, una regional, en la que fueron los Inspectores de Enseñanza, docentes de literatura y representantes de la Inspección Regional quienes eligieron dos obras por región. Finalmente, un jurado provincial —integrado por Leonardo Batic, Victoria Bayona, Paola Davico, Guillermo Korn y

Myriam Southwell— escogió los veinticinco relatos que componen esta edición.

Estos cuentos irrumpen en los modos en que se nos presenta habitualmente la realidad y nos provocan sorpresa y desconcierto. En ellos reside la fuerza del género fantástico y de una experiencia literaria que juega con nuestro asombro.





# La estancia de Wassermann

MARÍA SOL LORENZO - SECUNDARIA 5

## CARMEN DE PATAGONES

—Está embrujada —le susurró su acompañante, mientras ambos se ocultaban detrás de unos yuyos—, y el que la cuida está loco.

Los estrechos ojos del cuidador escudriñaban el patio trasero del caserón, en busca de los dueños de aquellas risitas que lo habían atormentado toda la tarde. Se rindió al cabo de unos instantes, entrando otra vez por la imponente puerta de madera.

La estancia era una casa de campo en el medio de la isla de Bahía San Blas. En su momento de gloria fue una obra arquitectónica digna de admirar, en la que vivía la familia millonaria que fundó el pueblo.

Ahora, muchísimas décadas más tarde, se había reducido a un edificio en decadencia. Las malezas trepaban sus muros, y las persianas de madera que ocultaban el interior para los ojos curiosos se derrumbaban con apenas un roce, dejando a la vista los misterios del lugar. Los sectores más alejados estaban llenos de escombros, pero la casa principal, donde habitaba el velador cascarrabias, se alzaba intacta.

—Wassermann tenía mucha plata, por eso los nazis lo querían matar —prosiguió, aún en susurros, queriendo darse un aire confidencial.

—¿Nazis? Pero estamos en Argentina... —le debatió el otro.

—¡Shh! Escuché venir a alguien. —Guardaron silencio apenas unos segundos. No venía nadie en realidad, mas Erwin era el hermano mayor y no le gustaba que Mario lo cuestionara—. Pero era

judío, lo persiguieron. No entendés nada vos, ¿me vas a dejar contar-te o no?

—¡Sí, sí! Perdón, contame.

Se iban aproximando poco a poco a la estancia, como podían, agachados para que no fueran descubiertos. Erwin decía que había un tesoro en el sótano. Mario tenía miedo, pero no podía volver solo a casa.

—Los nazis los atacaron, y mataron a la esposa —siguió—. Wasserman se volvió loco. Les echó la culpa a los hijos, y ahogó a dos en la pileta. Esa que vimos cuando veníamos, ¿te acordás? Está llena de porquería ahora. —Parecía complacido de haber estado tan cerca de un lugar en el que se cometió un crimen atroz. El menor, por el contrario, estaba temblando—. A la noche se los puede escuchar llorando.

—Erwin, ¿podemos volver ya? No me gusta estar acá.

Los ruegos del niño eran en vano, porque siguió siendo arrastrado. Cada vez más cerca, a apenas unos metros de una ventana.

—Pero antes de que mataran a la madre —hizo oídos sordos, observando con detenimiento la persiana. Quizás, si le daba un golpe en el medio, cedería. Pero el ruido atraería al viejo vigilante—, escondió sus joyas en un lugar del sótano, ¿sabés cuánto salen esas joyas? Una fortuna.

—No me importa, nos van a ver y nos van a retar —insistió Mario, tirando de la manga de su camisa. Tenía los ojos húmedos, al borde del llanto.

Harto y enojado por lo cobarde de Mario, Erwin le dio una patada fuerte a la madera, que se partió como si fuese papel.

¡BAM! El estruendo fue tan fuerte que los pájaros de los árboles más cercanos salieron volando aterrados.

El cuidador acudió de inmediato, casi omnipresente. Su oscura mirada revisó con amargura los daños, con cierto pesar. Cualquier cosa rota era irremplazable.

Buscó a los culpables, pero los dos niños parecían haberse desvanecido en el aire. Resignado, se dio media vuelta y volvió a entrar.

—Padre nuestro que estás en el cielo... —se lo escuchó rezar cuando atravesó la puerta.

Desde adentro, una de esas horrorosas pinturas antiguas lo atormentaba. Eran dos niños. Uno tenía una expresión burlona. El otro estaba espantado.





# Una paloma y dos lunas

MORENA SOL STELE - INSTITUTO SAN JOSÉ

## SAN VICENTE

Un 15 de agosto de 1899 nació Carola Lorenzini en San Vicente, Provincia de Buenos Aires. Ella siempre disfrutó del aire libre, de aventurarse en la práctica de deportes junto con sus hermanos, pero lo que más le complacía, por sobre todas las cosas, era observar a los pájaros. Podía estar horas admirando el amplio cielo siendo atravesado a cada instante por ellos. Y podía jurar que, con cada movimiento que las criaturas ejecutaban en pleno vuelo, le escribían en el firmamento “acompañanos”, en bellas letras cursivas que ante sus ojos se veían tan claras como las nubes que manchaban el inmenso celeste.

La admiración se convirtió en cariño, luego en amor y, tras largos años de inconsciente espera, su amor adquirió la forma de una pasión desahogada en el mismo instante en que cruzó el cielo a bordo de un pequeño avioncito, sintiendo el aire frío impactar contra su rostro y viendo a sus queridas aves acompañarla, más cerca que nunca.

Desde aquel glorioso día, la vida de la joven cambió radicalmente y meses más tarde se encontraba dando giros igual de drásticos con aviones como los de su primer vuelo en las alturas.

Su destreza al volar, tan natural como su caminata en tierra, reunió a cientos de personas. Estas contenían su respiración con súbito espanto al verla bajar en picada directo hacia el suelo y luego liberaban aquel aire en un suspiro, maravillados, al verla remontar hacia el infinito, como si solo se tratase de un enorme pájaro.

Tal facilidad en el aire la llevó a estar en boca de muchos, a romper importantes récords sin darse cuenta, a aparecer en portadas de renombradas revistas.

Y fue con una de estas revistas, donde apareció su imagen como portada, que Catalina, la mayor fanática de la intrépida aviadora, abandonó el puesto de diarios y se abalanzó a cruzar la calle a las apuradas, sintiendo cómo la emoción le causaba un inquieto hormigueo por todo el cuerpo. Pero los rulos de su largo pelo se interpusieron entre sus ojos y le impidieron ver a su alrededor, y no logró quitarlos de enfrente antes de sentir un gran golpe al costado de su silueta. El impacto la lanzó despedida directo a la otra cuadra de la calle, donde quedó tendida sobre el asfalto.

Antes de darse cuenta, su espíritu vagaba fuera de su cuerpo inerte y veía a la gente amontonarse alrededor, horrorizada. Sin sentir una sola emoción, pasó entre la pequeña multitud y se inclinó sobre la revista que yacía a un lado de su rostro, y miró una vez más la imagen de Carola. Si de algo estaba segura Catalina era de que no podía dar un paso más allá sin conocerla personalmente. Por eso, emprendió viaje hacia donde seguramente lograría encontrarla: el aeródromo de Morón.

Un caluroso domingo, Catalina llegó al lugar de encuentro. Mientras tanto, Carola comenzaba a sentirse nerviosa por no encontrar ni ver en todo el descampado y en el cielo a un solo pájaro. Aun así, con nervios y todo, se subió a un Focke-Wulf Fw44, dejando atrás las alas con las que siempre emprendía vuelo, y se elevó en el aire tras sentir una inusual ráfaga de viento a sus espaldas que la inquietó todavía más, oyendo al motor del avión rugir con potencia como si ese fuera su propio canto.

Una vez elevada a cientos de metros de altura, volvió a sentir allá arriba la misma ráfaga que tanto la inquietó en tierra. Y mientras planeaba, oyó una voz que hizo a su corazón encogerse atemorizado.

“Soñé tantas veces con acompañarte acá arriba que me cuesta creer que este momento sea real”, le dijo la voz sumamente emocionada.

Carola trataba de no perder el control del avión, sin embargo, ante el grito de su mente “¡te estás volviendo loca!”, volteó sobre su hombro para ver detrás de sí y convencerse de que se trataba de su imaginación. Pero para su espanto había una chica de veinte años que le sonreía, con sus rulos castaños al viento y sus tan enormes ojos que la cegaban con un brillo semejante al de dos lunas.

El motor cantó nuevamente alertando a la piloto y, al volver la vista al frente, se dirigían sin control hacia los árboles. El avión quedó reducido a escombros y Carola Lorenzini murió en el segundo en que los árboles abrazaron al gran pájaro.

Nadie podía creer que la Paloma Gaucha había plegado sus alas. Pero así fue. Ahora sus restos descansan en el cementerio de San Vicente donde, más cerca de lo que le gustaría, descansa también una joven con el nombre de Catalina inscripto en la lápida.



# Camino de encuentro

KAREN OCHOA - CEPT N°6 PARAJE CASEY

## GUAMINÍ

Era una noche fría y Esteban volvía de Carhué. Este pueblo, una localidad de la provincia de Buenos Aires, era muy conocido en la zona porque junto a él se encontraban las aguas saladas del Lago Epecuén.

Cuando iba a subir al puente, que se encontraba antes de llegar a su casa en el campo, su camioneta se detuvo repentinamente. Se bajó sin sospechar qué podía haberle sucedido. Solo pudo distinguir en esa noche oscura el susurro permanente de las aguas del arroyo y el blanco helado de los cimientos del viejo puente. Se sorprendió. En silencio, observándolo, sentados sobre el frío pilar, pudo ver a dos niños que parecían haberse quedado mudos, expectantes, siguiendo con la mirada sus pasos.

Esteban, en principio se asustó, pero luego no dejó de sentirse extrañado ante aquellos dos pequeños.

—¡Chicos! ¿Qué hacen a esta hora en el campo? ¿Se perdieron?

Uno de ellos respondió:

—Estamos esperando a papá.

Esteban sintió indignación. ¿Quién podía ser tan desalmado de dejarlos solos, allí, con este frío?

—¿Y quién es tu papá?

Ellos no respondieron. En ese momento las luces de la camioneta se apagaron. Esteban volvió al vehículo para buscar la linterna que siempre llevaba por precaución y que tenía en la guantera. Alumbró con su tenue luz hacia el puente, pero, para su gran sorpresa, los

niños ya no estaban. Los llamó. Solo escuchó unas voces que se alejaban llamando “papá, papá, pa...” apagándose en un suave susurro que comenzaba a confundirse con el de la corriente del agua.

Asustado, se subió rápidamente a la camioneta e intentó ponerla en marcha nuevamente. Para su sorpresa, arrancó sin dificultades y pudo llegar a su casa.

Al día siguiente salió con su caballo a recorrer los animales. Sabía que tenía que volver a pasar por ese lugar y parecía inevitable sentirse pendiente de todos los sonidos que albergaba el arroyo. Cuando pasó junto a él, el caballo no quiso seguir avanzando. Se apeó y se acercó a las aguas. No podía evitar escuchar los susurros de los niños: “papá, papá, papá”. “Son esos niños”, pensó. “¡Qué raro!” En aquella zona había muy pocas familias con hijos. Estaba casi despoblada. De hecho, su escuelita había cerrado hacía unos pocos años porque ya no tenía alumnos.

Con el caballo de tiro volvió a su casa. Por la tarde, se fue hasta el puesto de un viejo vecino, Don Oscar, que vivía hacía mucho tiempo en esa zona del Paraje La Porota. Solo él podría sacarle las dudas sobre el paradero de esos niños y el de su familia.

Don Oscar lo escuchó atento. Se sonrió y se recostó con tranquilidad sobre su silla.

—Hace quince años —contó— unos niños se ahogaron en ese arroyo. Las malas lenguas comentan que su madre había abandonado a la familia y que fue su propio padre, enloquecido por el dolor, el que los había dejado en ese lugar. ¡Tan pequeños y tan peligrosa esa caída! Dicen que aparecieron ahogados —agregó—. También dicen que muchos los han visto en las noches, bañados por la luna blanca... Pero usted sabe cómo son estas historias, ustedes los más jóvenes no suelen creer en ellas.

Esteban tampoco hubiese creído en ellas si no hubiese vivido lo de la noche anterior. Se sonrió y quedó callado. Luego, siguieron mateando y hablando de otras cosas.

Unas noches más tarde, volviendo de Carhué, pasó nuevamente por el puente. Su camioneta se detuvo. Caminó. Ya sobre el puente

comenzó a sentir el susurro de las voces. Ya no llamaban a su padre. Lo llamaban a él, le pedían si no quería ser su amigo. Sobre el final del puente los vio. Allí estaban ellos, bañados por la luna, tomados de la mano.

Al día siguiente uno de los vecinos encontró la camioneta. Dicen que lo buscaron durante varios días. Dicen que los pocos vecinos que aún pasan de noche por ese puente suelen ver a dos niños tomados de la mano con un hombre que bien podría ser su padre.





# El viejo gomero

MILAGROS ABIGAIL CARABALLO - SECUNDARIA 123

## LA MATANZA

Eran como las ocho de la noche del verano pasado. El calor era sofocante y me encontraba reposando debajo del fresco gomero que cubría parte de nuestro patio. Podía pasar horas recostado allí, porque ese árbol añoso tenía cierta magia para mí. Mi abuelo me había contado cierta vez que fue el primer árbol que plantó cuando llegó al barrio del Talita. Estaba solo, pues mis padres habían salido.

De pronto sentí cómo algo me tomaba bruscamente de los tobillos y me arrastraba hacia el fondo de la inmensa pileta de casa. Casi en un instante ya me encontraba en la profundidad del agua sin saber qué hacer. Solo sentía frío y mucha angustia. A lo lejos escuchaba gritos desgarradores de dolor, casi el mismo dolor que sentía mi alma. Todo era tan incierto... En un momento inesperado comenzó a faltarme el aire y sentí que alguien me impulsaba hacia arriba. Nadé hacia la orilla y, al salir del agua, corrí hacia dentro de casa. Al abrir la puerta de mi habitación, desperté. Aterrorizado, observé rastros de agua en el suelo, mi ropa húmeda y mis tobillos ultrajados.

Desconcertado, salí hacia el fondo, cerca de la pileta, y me sorprendí al ver mi chaqueta tirada debajo del gomero. Me senté en la reposera que estaba allí y vinieron a mi cabeza infinidad de preguntas y ninguna respuesta.



# Esperando el colectivo

TIZIANO SZAYNER - INSTITUTO JUSTO SANTA MARÍA DE ORO

**BERISSO**

Aprecio caminar por las calles de mi ciudad, zigzaguear por los brotes y flores que crecen entre algunas de las baldosas más antiguas. Durante el trayecto, disfruto encontrarme con algún que otro edificio centenario que suspire melodías, conglomeraciones de instrumentos divertidos que me transportan a las verdes colinas genovesas o a algún bar oculto de Berlín. Cosas como esas son las que me hacen disfrutar de pasear y volver, por las tardes, del colegio; también me recuerdan que mis abuelos me acompañan a donde voy.

Aquel día, la fragancia de las calles húmedas de primavera me provocaba escalofríos, había llovido durante la noche y los charcos reflejaban una ciudad dormida. Mientras caminaba bajo las luces doradas de los faroles de mi barrio, aún combatía con mi sueño y las ansias de echarme una cabeceadita en las mesas del comedor de la escuela. Recordé, en ese entonces, lo bien que la había pasado con mis amigos la noche del anterior sábado en la gran fiesta; bajo una enorme carpa miramos atentamente cómo coronaban a las reinas mientras comíamos helado. Había sido un espectáculo memorable. A mí, personalmente, me sorprendía y me llenaba de un sentimiento de admiración el ver representadas sobre el escenario esas danzas que habían sido transmitidas de generación en generación. Sin dudas, el mejor momento del año era ese en el cual todos nosotros recordábamos nuestras raíces y les rendíamos tributo a los ancestros, celebrando con alegría aquellas tradiciones que heredamos de ellos.

Al llegar a la parada en el parque, me senté en el banco y cerré los ojos. Traté de descansar un rato antes de que el ómnibus pasase. A esas horas de la mañana, donde no se apreciaba ni un vestigio del sol, tampoco se alcanzaba a oír casi ningún sonido salvo el de las llantas de los coches que pasaban por la avenida Montevideo y, a veces, el latido de tu propio corazón. Yo era el único en el parque a esa hora, por eso me resultó extraño escuchar esa melodía tan pintoresca que perturbó mi descanso. Abrí mis ojos y noté la ausencia total de gente a mi alrededor. Faltaban aún unos diez minutos para que pasase el colectivo, así que decidí curiosear por el parque, buscar la fuente de esa música tan entretenida.

Bajo los árboles que lloran, me percaté de que una luz cálida se asomaba entre las grandes cortinas de la carpa blanca, la cual iba a ser desarmada en el período de esa semana, pues la fiesta había terminado hacía ya unos días. Me sorprendí al presenciar este raro acontecimiento, ¿acaso los obreros estaban trabajando dentro a estas horas? Como no tenía nada mejor que hacer, decidí aproximarme. Al acercarme cada vez más a la carpa, me di cuenta de que esa melodía que interrumpió mi descanso provenía de adentro. Corrí la lona y nada más alejado de lo que me esperaba fue lo que me encontré ante mis ojos. Para cuando me quise dar cuenta me encontraba sumergido en una red colorida de personajes de lo más grotescos, mientras una variedad de olores exóticos me extasiaba y me hacía salivar. El vapor de las ollas hirviendo se mezclaba con las luces del escenario que alumbraban a los bailarines más precisos que había visto en mi vida; danzaban esa melodía griega que había escuchado minutos antes. No me convencía nada de lo que veía, pero, sumado a eso, era el hecho de que las personas que allí se encontraban no eran comunes: hombres con sacos enormes y sombreros con plumas; mujeres con turbantes y otras con vestidos bordados; los pequeños niños con boinas jugueteando por allí con sus caballos de madera. Todos allí hablaban lenguas que yo desconocía. Fue en esos segundos, que parecieron horas, cuando comprendí que me encontraba

rodeado de todos aquellos a los que nosotros íbamos a visitar a las tumbas eclipsadas por los sauces más antiguos en el cementerio.

Para cuando pude reaccionar a todo lo que había presenciado, me encontraba subiendo al ómnibus y pagando el pasaje. Todo se había desmoronado en cuestión de segundos, pero se había sentido muy real. Pasaron meses y aún no sé decir a ciencia cierta si ese acontecimiento fue o no un acto de mi mente adormecida. Pero si algo sé, es que la imagen de cuando corrí esa lona la tengo pintada en mi consciencia como un cuadro que nunca voy a olvidar. También entiendo que cada vez que mire a las estrellas y piense en mi querido abuelo, voy a imaginarlo como espectador de esas fantásticas danzas en primera fila.



# Secretos de una niñez

FABIANA MEZA CASCO - SECUNDARIA 6

**CARLOS CASARES**

Terminó de clasificar las pastillas. Una de cada color en cada recipiente. Tenía los frascos numerados y los compartimientos referentes a cada uno de los pacientes.

Ella les decía pacientes, no porque estuvieran enfermos, sino porque los caracterizaba la paciencia de la edad.

Todos eran adultos mayores viviendo en un geriátrico, muchas veces olvidados por sus propios hijos que vivían lejos de allí, dejándolos como niños en guardería que nunca pasan a buscar. Sin embargo, ellos mantenían la paciencia de la espera... y sus ojos eran el reflejo de la esperanza de un adolescente que velaba por la promesa de un mundo mejor.

Solamente Cora era oriunda de ese pueblo sencillo y humilde, como ella lo calificaba.

Hortensia es algo así como el vértice de un mundo que atrapa a los seres que lo habitan. Y el geriátrico de allí junto con la escuela son el emblema de la localidad: la reunión de los más pequeños y los más viejos, y entre ellos un mundo de historias, de familias, de tierra y girasoles, de vientos y de perros que no son callejeros, porque todos tienen la familia que los cobija. A 50 km de cualquier ciudad, por caminos de tierra muchas veces intransitables, única. Hortensia es el olvido, pero también es la magia especial que no tienen otros pueblos de la zona, es un aire fresco con olor a algodón (y eso que no hay algodón en el lugar) que atrapa los sentidos, te envuelve y de alguna forma ya no te deja olvidarla. Esa magia es la que la decidió a



mudarse allí e ingresar en el geriátrico como enfermera, y cuando comenzó la labor, los “pacientes” fueron la decisión final. Se dio cuenta de que la magia eran ellos mismos.

Hizo la recorrida, les dio la medicina, los arropó como niños y les dio el beso de las buenas noches. Eran solo cinco: Inesita, Candalaria, Ruperto, Cora y Miguelito.

Una vez que los vio dormirse, se fue a su habitación. Durante la noche quedaba ella sola. Cansada, dejó su reloj pulsera en la mesita de luz (como si con eso detuviera el tiempo) y se dejó caer en la cama invadida por un profundo sueño. La luna comenzaba a rendir su primer destello por el aire luz del pasillo. Sofía ya era parte de otro tiempo...

Por aquellas épocas de niñeces, todos los días eran el día del niño, salir a la calle y correr, no parar de correr, tomar la merienda en la casa de los amigos, jugar a la rayuela, una rayuela dibujada en la tierra o simplemente imaginarse patinadores olímpicos en la escaracha que se formaba en frente de este geriátrico.

Como a todo niño nos gustaba festejar y ponernos la ropa “dominguera”, esa ropa que estaba reservada para una ocasión especial, que bien acompañada estaba por unos zapatitos de charol.

Niñez hortensiana, etapa de libertades y no de encierros, de relaciones entrañables, de recuerdos no desteñidos por el paso de los años.

Siempre regresamos al lugar en el que fuimos felices...

Sofía despertó sobresaltada, hasta pensó que se había quedado dormida y se le había pasado la hora del desayuno, miró el reloj, solamente habían transcurrido dos horas desde que dejó su ronda de trabajo.

Pensó en ese sobresalto que la despertó y en esa pesadez que sentía en su cabeza, automáticamente la asoció a los días previos, a las largas horas de trabajo. Pero no, esa sensación no correspondía al cansancio acumulado, era una sensación de haber vivido una niñez que no era la suya. Dejó de darle vueltas al asunto y continuó durmiendo.

Sonó su reloj, se vistió, lavó su cara y tomó la planilla de “sus pacientes” para comenzar con la ronda. Al llegar al comedor, escuchó que Cora cuchicheaba con Miguelito, entre susurros ella le contaba que se creía patinadora olímpica, que se veía con muy poquitos años, patinando enfrente de ese geriátrico, que podía sentir el olor a pasto escarchado mientras patinaba y patinaba.

Sofía se sintió confusa y soltó una gran carcajada, les gritó un “Buenos días, señores”, se acercó a Cora y le dijo al oído:

—Se te veía hermosa patinando, espero que tu mamá no se haya dado cuenta de que te escapaste a esa pista con tu ropa dominguera.

Cora le respondió (también al oído para que nadie escuchara, ya que ahora compartían secretos de una niñez):

—Tratá de acostarte temprano, porque el reto de mi madre fue largo.



# De pozos, de bestias, de vientos...

MARÍA LUCÍA BERRUET MARCHETT - COLEGIO LA SANTA UNIÓN

JUNÍN

Por la ruta, los cimientos naturales de la ciudad se dejaban entrever: el parque Borchex y sus animales, cautelosos y místicos, alrededor de los árboles que buscaban tocar el cielo con sus ramas cansadas, sobre las cuales habitaba la esperanza y la vida... mientras, escuchábamos Estelares, acompañado de los comentarios llenos de orgullo: “¡Este pibe es de Junín!”. Unos minutos luego, llegamos a la Laguna de Gómez. Siempre nos decían que teníamos que tener cuidado al tirarnos en ella, aunque nosotros nunca hacíamos caso.

Me metí al agua y sentí algo escamoso que me rozaba suavemente los tobillos, pero no le hice caso. Según todos, eran peces, y era algo “de todos los días”.

Pasó otra vez, y otra más... entonces decidí meter la mano en el agua. Pude tomar lo que parecía ser un tentáculo y, antes de llegar a asimilar lo que estaba pasando, se escabulló. Claro que, aterradísima, les dije a mis viejos lo que había pasado, pero tenía fama de mentirosa, y no me creyeron.

Cuando llegué a casa, pensé en que sería buena idea preguntar, porque no podía ser la única a la que le había pasado algo así. Salí de mi casa por la Avenida San Martín y, al echar un vistazo a la ciudad, mis ojos se extasiaron. Las calles rebosaban de hojas lilas y aromas penetrantes. Me encantaban los árboles que estaban desperdigados por toda la ciudad. Caminé hacia la Iglesia San Ignacio. Cuando llegué, con el celular como libretita, me dispuse a preguntar. Estuve

varias horas dando vueltas y, cuando me estaba por dar por vencida, escuché cómo una voz me llamaba por atrás.

—Vos querías saber de esa cosa rara que está en la laguna, ¿no? Nadie sabe nada de eso nena, yo sí. —La mujer ya tenía mi atención—. Lo que te voy a contar es algo muy grave, después de que te cuente no va a haber vuelta atrás.

Suelo remitirme a las fuentes como recurso determinante de credibilidad, pero estaba desesperada. Accedí a su relato, y me dijo que desde hacía muchos años existía guardado un secreto entre los políticos y policías municipales. Me contó por lo bajito, nerviosa (asegurándose de que no la escucharan), que hacía un par de años se habían hecho unas compuertas en la laguna, y que a partir de entonces la pesca había escaseado; también que, al bajar el nivel del agua del Río Salado, ella misma encontró fósiles extrañísimos, que en un abrir y cerrar de ojos ya no estaban; que en las profundidades de nuestra laguna habitaba un ser sigiloso y mortífero, que seducía a sus víctimas con la curiosidad, invitándolos a ingresar al agua. Quién se imaginaría que nunca volverían a contarlo, pues los atrapaba por medio de canales sofisticados que se llamaban popularmente “pozos”. Las compuertas eran no más que la jaula que sentenciaba a la bestia para siempre en nuestras aguas, acechando para arrastrarnos con ella. La mujer me escrutaba con la mirada y se veía de pronto lúgubre y frívola. No desistía, y su relato continuaba, espeluznante y siniestro. La bestia habitaba hacía muchos años, escondida donde nadie podía verla...

—¿Viste por donde está el colegio Santa Unión y la galería Boo...? —Cuando vio que la entendía, siguió—: En la zona más baja había un lugar medio raro.

Ese lugar era el de los cuatro pilares creados para mantener el edificio, que estaban sobre un canal de agua subterráneo, y tenía muchas bifurcaciones de túneles que se extendían por toda la ciudad. Lo último que escuché es que por ese lugar fue donde los policías tuvieron que contener a la bestia... después nunca más se volvió a saber nada. Amuraron las entradas y los policías eran extrañamente

transferidos. Los accidentes en los pozos aumentaron, aparecieron las compuertas... y las políticas de ocultamiento.

—¿Los túneles están conectados con la laguna y el edificio entonces? ¿Los fósiles demuestran que hay más de una bestia?

—Nena, no hables nunca más de esto. No me menciones mientras siga acá, la verdad es que yo... —La campana de la parroquia San Ignacio había sonado.

Me miró muy fijo y se alejó. Conmocionada, la vi perderse en el remolino de personas apropiadas en la puerta de la iglesia con sus lapiceras defectuosas y su sonrisa cansada, mientras, a sus espaldas, el popular “¡Pedís más que la pepa!” se iba comentando entre los que allí se encontraban.

Mientras volvía a mi casa, pasé por el edificio Boo... fue entonces cuando un viento me revolvió los cabellos, en la conocida esquina de los vientos. No me preguntes por qué, pero sentí cómo la bestia me susurraba que no eran solo inventos... sentí su aliento en mi nuca, y un cosquilleo me recorrió. ¿Podría ser que nuestra cotidianidad se viera tan marcada por esto?

Nunca más abrí la boca, hasta hoy.



# La Saavedra Lamas

TOMÁS NAHUEL AQUINO - TÉCNICA 2

**PILAR**

Muchas historias suelen transmitirse de boca en boca, pero solo algunas logran traspasar los límites.

En la localidad de Presidente Derqui poco se conoce de la historia de la Saavedra Lamas.

Pasé muchos años de mi servicio en el destacamento policial de Santa Ana y hemos visto muchas cosas raras, pero recuerdo una que me dejó marcado de por vida.

Era una noche tranquila de miércoles, día de semana a las 2 am, sin mucha gente circulando. Con Raúl, mi compañero de patrullas, estábamos compartiendo mates y charlando como de costumbre cuando algo llamó nuestra atención en el transcurso del viaje. Vimos un destello en medio del taciturno ambiente de la noche.

En ese momento decidimos investigar. Aceleramos el móvil por la ruta hasta toparnos con la imagen que nos dejó impactados; una mujer de aproximadamente 70 años con ropas blancas y descalza caminaba por el pavimento. Un poco extrañados decidimos acercarnos a preguntarle cómo estaba.

Raúl, sentado del lado del acompañante, la interpeló:

— Buenas noches, señora, ¿se encuentra bien?

Sin respuesta, y un poco preocupado, él insistió:

— ¿Tiene algún familiar al cual llamar? ¿Está perdida?

Apenas mi compañero terminó la oración, la mujer, que hasta entonces veía el campo, dirigió su intensa mirada hacia nosotros.



Con unos ojos más oscuros que el mismo infierno... (Hasta el día de hoy los recuerdo y me estremezco). Y, con una voz espectral, escupió:

—¡Ustedes! ¡Ustedes son los culpables de lo que me pasa!

Ambos, con la piel erizada, vimos atónitos cómo esa mujer se adentraba hacia el sombrío campo a nuestra derecha. Muy sorprendidos, aún sin saber cómo reaccionar, mi cuerpo se movió solo y comenzamos a seguirla con el patrullero.

Raúl había quedado paralizado, pero, al ver que nos movíamos, dijo:

—¡Qué hacés! ¡Volvamos a la comisaría, esto no es normal!

Mi cuerpo no me obedecía; como hipnotizado perseguía a la misteriosa mujer, que se adentraba cada vez más en los altos pastizales, hasta casi perderla de vista. Mi pie presionaba muy fuerte el acelerador, entré en pánico; divisé que estábamos yendo a una velocidad mayor a los 100 kilómetros por hora.

En la desesperación que teníamos, mi compañero pegó un volantazo.

Intentamos mantener el control del móvil. Este hizo un movimiento brusco y, en cuestión de segundos, el mundo giró.

Raúl estaba inconsciente, yo solo un poco herido, intentaba salir del vehículo, rompí mi ventana.

—¡Aaaahg! —exclamé al cortarme la pierna con un vidrio.

Palpé mis bolsillos hasta encontrar mi teléfono y llamé una ambulancia pensando en mi compañero que estaba en muy mal estado. Tardaron media hora en encontrarnos, ya que estábamos a 1 km de la ruta.

Siguieron el sendero que dejamos al entrar al campo, les conté lo que había pasado a la gente del SAME; ellos, incrédulos, dijeron que estaba en shock por el accidente.

Pasados unos días en el hospital, Raúl despertó y decidió dejar el trabajo por la traumatizante experiencia. Yo seguiría trabajando allí, en mi ciudad natal, a la que quería proteger desde chico.

Hablé con el Comisario, le conté todo lo que había pasado esa noche:

—Hay que tener cuidado acá de noche pibe —me dijo con voz firme.

—¿Eh? —contesté sintiéndome raro por sus palabras.

—A quien vieron esa noche, fue a la Dama de blanco, yo la conozco, ronda por los alrededores hace muchos años. Se dice que todo aquel que la mire se pierde en el campo y su cuerpo nunca es encontrado. Ustedes tuvieron mucha suerte también.

Esa noche volví a mi hogar cansado, sin embargo, me puse a pensar en lo dicho por el comisario y en aquello, hasta quedarme dormido.

Hoy soy el subcomisario, mucho tiempo pasó desde el accidente en el campo, aunque, cada vez que tengo que hacer guardia de noche en esa fría y lúgubre ruta al costado del campo, siento esos ojos clavados en mi espalda...

No los veo, pero sé que están ahí. Me observan y buscan llevarme hacia su terreno para vaya a saber qué. Lo sé porque cada vez que miro hacia la oscuridad siento como un susurro que resuena en mi cabeza y dice:

“Te espero, Adrián”.



# El Sereno

LUCÍA ARANGUREN - CENTRO EDUCATIVO LORETO

AVELLANEDA

El Cementerio Municipal de Avellaneda no es tan tétrico como lo suelen pintar. Llego con los últimos rayos de sol de la tarde y paso allí la noche caminando entre nombres, fotos y escrituras que casi ni se ven, pero que siguen susurrándome historias al oído. Atento a la voz de los que no tienen a nadie que los escuche, pues bien que sabía yo de eso. Alumbro con mi linterna los rostros de las estatuas de los ángeles de caliza que me observan con sus ojos sin vida.

A la semana siguiente me cambio al turno diurno con mi compañero.

—Siempre me pedís lo mismo, Miguelito —reprocha, aunque sin mucha gana.

Ese día a la hora del cierre se está yendo una mujer. La mujer. Su pelo morocho al igual que su tez, ojos llorosos y unos labios que se le curvan en una mueca triste al arrodillarse en la tumba de su esposo; la tierra húmeda por el rocío de la mañana pegándosele al vestido.

Viene el veinticuatro de cada mes a las cinco menos cuarto de la tarde, antes de que cierre el cementerio, como si quisiera que el tiempo la corriera para tener una excusa para irse. Yo cambio de turno para verla, pero nunca me le acerco.

Las ramas peladas de los árboles parecen manos que señalan en su dirección. Un día decido caminar hacia ella. Al principio no sé bien qué decirle, la saludo, pero parece no escucharme. Casi puedo oír a las estatuas riéndose de mí. Pruebo con llamarle la atención tocándole el hombro. No se vuelve a mirarme, pero sé que me siente

por cómo un escalofrío le recorre la espalda, erizándole el vello de la nuca. Finalmente toma mi mano, su tacto es lánguido, pero igual de reconfortante. De repente soy yo el que llora.

La mujer se aparta de la tumba de Miguel González, su esposo, y se dirige a la salida del cementerio. Mientras el sol comienza a bajar, allí se encuentra parado el sereno, viendo partir a su mujer y anhelando su regreso. Esperando volver a ver sus ojos para no olvidarlos cuando caiga la noche en el cementerio.

# El ritual

ANTONELLA MARTINO - MEDIA 4

**ROJAS**

Mi abuela nos contaba siempre historias raras, del tiempo de antes. Sus padres habían perdido sus tierras en Los Toldos: eran descendientes de la vieja tribu de Coliqueo, y por ese motivo se habían trasladado a la ciudad de Rojas, a la casona de 9 de Julio y Mármol, todavía en pie, aunque pintada hoy en día de un rosa chillón. Allí nacieron mi abuela y su hermano mayor, alrededor del año 30. Ella me contaba que sus padres ocultaban por vergüenza sus raíces aborígenes. Esta enigmática historia es mi preferida:

“Mi hermano, a los 12 años, se moría: lo abrasaba una fiebre devastadora. Los médicos no encontraban explicación alguna. Todos lloraban. Yo parecía un alma en pena deambulando por la casa. A medianoche, alguien golpeó la puerta. Mi padre abrió y se encontró con un hombre alto, de rasgos morenos y un gran sombrero negro. Nadie lo conocía. El hombre entró, y lo único que pidió fue que lo dejaran a solas con mi hermano. Yo espiaba... El extraño se sacó el sombrero y en su lugar se ató una vincha en la cabeza. Un rezo, un canto extraño, un ruido como de sonajero. La voz casi inaudible. Así pasó un tiempo, hasta que un aullido espeluznante retumbó en toda la casa. Yo vi lo que pasó: ¡Mi hermano, en una violenta convulsión, había expulsado una especie de bola de pelos! Era algo imposible...

»Ese bulto abominable fue ocultado de la vista de todos por el extraño: lo envolvió en el poncho que él llevaba y sin dar ninguna explicación, sin saludar, salió de la casa. Mi hermano se mejoró, pero algo había cambiado en él. Se tornó taciturno, callado, apegado a mis

padres, que ahora le hablaban en la antigua lengua y juntos realizaban extrañas plegarias de cara al sol. Al año mi hermano se fue a Los Toldos, a la casa de mis parientes a 'aprender' según escuché. Hasta que murió en los años 90, casi no lo volví a ver, pero supe que él, de alguna manera, era ahora el hombre del sombrero negro".

Esto me contó mi abuela, y yo le creo. Son historias del Rojas de antes...

# Tan solo un puente...

CAMILA CAMPAS SAYAL - SECUNDARIA 2

## ARRECIFES

Esa mañana neblinosa y fría, el hombre de larga barba y bolsa al hombro descendió del último vagón del tren. La humedad del aire se colaba entre sus ropas demasiado livianas para hacer frente al invierno arrecifeño. Con paso lento y peleando contra el viento, avanzó sobre las vías del ferrocarril para enfilarse hacia el caserío distante, justo en el extremo opuesto del poblado. Tenía que encontrar a su mujer... a esa desalmada que se atrevió a marcharse del rancho sin decirle ni siquiera los motivos de la partida. ¿Habría conocido a algún paisano cuando hacía las compras en el boliche de campo? ¿Estaría cansada de la miseria a la que estaba condenada? ¿Le haría mal el aliento a vino con el que regresaba por las noches? Estas y otras preguntas desfilaban por su cabeza. Introdujo la mano en la bolsa una y otra vez para estar seguro de que allí adentro estaba el facón con el que pondría fin a sus celos de hombre despechado.

“Tan justo a mí me viene a pasar esto”, repetía entre dientes y apuraba el paso.

A lo lejos le pareció distinguir la figura de Eusebia. “Sí. Sí. Es ella”, se dijo.

La cercanía confirmó su afirmación. Quiso gritar su nombre, pero comprobó que no tenía voz. Quiso sacar el arma, pero comprobó que sus manos estaban inmóviles. Quiso avanzar, pero comprobó que sus pies estaban clavados en la tierra. Quiso llevar su mirada más allá y comprobó que no podía ver..



Al día siguiente, quienes transitaban por el callejón comprobaron que en el lugar exacto en donde el hombre se detuvo se había levantado, sin ninguna intervención, un puente. Sobre el arroyo del pueblo.

El mismo que hubiera unido la huida de Eusebia con el corazón herido de Nicasio. El mismo que impidió que el facón reluciente se clavara en el cuerpo de la mujer que dejó de amarlo.

# La luz mala

THOMAS MORENO CAÑETE - INSTITUTO AMÉRICA

RIVADAVIA

Cómo anhele las noches cálidas de verano, son siempre claras y hermosas, justas para mirar el brillo de la luna. Solía estar así, sentado en la butaca de madera, en la vereda del rancho; solo, pero bien acompañado, con un vaso de vino en mi mano y con una masita de vainilla, para acompañar el dulce trago. Qué tranquila y linda era mi vida antes, nunca escuchaba las habladurías de la chusma, no señor, a mí no se me hacía grato escuchar cuento sobre la vida del otro. Aunque me mataba la curiosidad sobre la existencia de las leyendas que contaban los otros gauchos, esos que vivían allí, postraos, en la pulpería de la estación.

Era enero del año 19\*\*, el mecánico de América había espichao a las 21:00, tenía 90 años y se decía que ya andaba muy jodido; nunca me había caído bien el sinvergüenza ese.

En esa hora, en la cual fue el último suspiro del anciano, justo estaba atando el pingo, había terminado de sembrar y me quería apurar para ir a la cama. Pero yo ignoraba lo que sucedería a un tramo de mi casa, si no me hubiera percatao. El viejo mecánico había escondió bajo tierra la mayor parte de la plata del taller, para que su mujer no la encontrara y se la quedara para ella sola. ¡Bah! La ocultaba, con el fin de que ni su mujer e hijos no la hallaran. Hay que ser... pa pensar mal de tu familia.

En el pueblo se decía mucho esto y, además, se contaba que este tal Horacio fue engañao por su señora con el capataz de la estancia de los Gringos, por lo cual, sus hijos no eran de este primero. Lo que

por mi parte, este rumor no es más que puro verso; la pobre madre vivía encerrada con las crías y de yapa se tenían que aguantar los disparates que este hacía cuando se le terminaba el licor; él no servía para nada, solo pa ajustar las tuercas a las cosechadoras y listo.

Esto sé que es verdad, porque terminé viendo, como dicen los paisanos, La Luz Mala.

No lo podía creer; esa luz pequeña y brillante, con forma de estrella, que giraba por alrededor de la tapera del dijunto, rozando las degradadas paredes, y se iba volando como si fuera un Chimango. Tanto fue el susto, que salí disparando pa dentro como rayo, aturdío por lo que había visto, ni me preocupé por cómo había quedao el caballo; cuando conocí la historia de este infeliz, entendí que su alma protegía lo que había dejao debajo de su querencia y de yapa, su espectro, vagaba por las penas acumuladas.

¡Dios santo, por qué fuiste tan injusto conmigo! Ya nunca más trato de forma agravante a los demás, y con las pocas miserias que poseo, nunca serán escondidas. Rezo por el perdón de mis pecaos, y por las cosas que me avergüenzo, así, de esta manera, cuando el creador reclame mi vida, mi alma no será la temible Luz Mala que tanto me atormenta, y veo, en las noches, que cubre las casas abandonas de aquellos penosos que esconden su fortuna. Y vos... ¿sabés si algún tribulao dejó algún tesoro en tu casa o al rededor?

# Vaivén

EZEQUIEL SCIAIN PIRAINI - INSTITUTO PATER C.E.

## QUILMES

Una colmada Capital Federal despedía a mi abuelo Elio de una de esas irritantes tardes que nadie quiere volver a repetir. Su total desagrado por los chequeos médicos y las grandes ciudades lo predispuso de mala manera ante aquel forzoso viaje. Él siempre fue un tipo de barrio, donde la mayor conglomeración de gente se daba los domingos a la mañana en la carnicería, y si eran más de siete, ya era todo un acontecimiento. Lo que desató su furia aquel día no fueron, sin embargo, los chequeos ni aquella temible hora pico en Capital Federal, sino que fue culpa del idiota del estacionamiento:

—¡Me excedí solo cuatro minutos! ¡Una hora y cuatro minutos dice el papelito! ¿Y vos me estás diciendo que tengo que pagar las dos horas de estacionamiento completas?

—Señor, le repito, no es mi culpa que el sistema funcione de esta manera, si no desea abonar, por favor, hágase a un lado y déjeme seguir trabajando.

—Por supuesto que me voy a hacer a un lado, ¡ja! ¿Una computadora me va a decir si tengo razón o no? ¿Dónde quedó la humanidad?

Luego de un buen rato de discusión, el reloj había convertido aquellos cuatro minutos de tiempo excedido en veinte, y ahora sí que no había excusa. Mi abuelo acabó pagando, resignado, las dos horas completas de estacionamiento. Esto fue la gota que rebalsó el vaso; aun casi veinte años después del hecho, lo sigue relatando con el mismo fervor que el primer día. La irritación del padre de mi padre se podía reconocer desde un helicóptero. Simplemente hacía falta

observar aquel Renault 12 celeste que venía a toda velocidad por la Autopista Buenos Aires-La Plata, esquivando autos y tomando curvas como si del mismísimo Fangio se tratara. La bajada de la autopista en Bernal no existía aún, así que fue el Acceso Sudeste el que se encargó de despacharlo frente al Triángulo de Bernal.

Cuando por fin llegó al famoso lugar de la forma geométrica, logró tranquilizarse un poco. Pero no mucho, eh, que todavía faltaba llegar a casa y contarle a mi abuela lo sucedido, así podrían gozar del gran lujo que es maldecir en pareja todas aquellas situaciones que te amargan la vida. Decidió, sin embargo, que antes de ir para su hogar daría unas vueltas con el auto por la Plaza de Belén, el espacio verde que tiene a la vuelta de su casa y al cual recurría siempre que necesitaba relajarse y tomar un descanso. Pensó que esto le ayudaría a olvidar aquel mal trago que le había sucedido unas horas antes.

Al llegar, notó que no había un alma. El frío de agosto había congelado las ganas de todos aquellos chicos que, en el verano, colmaban la plaza de amigos y de gritos de gol. La Parroquia Jesús el Niño de Belén, que es la Iglesia que se encuentra justo en frente de la plaza, se limitaba solo a hacer presencia, pues sus puertas completamente cerradas dejaban dilucidar, sutilmente, que no hubo ni habría misa.

Una ligera interferencia en la radio lo hizo detenerse y estacionar el auto. Mientras renegaba con aquel jocoso ruido que le impedía escuchar con claridad el clima del día siguiente, se le ocurrió levantar la vista y dirigirla hacia los juegos de la plaza. Lo que vio lo dejó sin palabras. De repente, la radio se terminó de enmudecer por completo. Todo lo que le había sucedido a la tarde parecía totalmente insignificante comparado con lo que tenía ahora frente a sus ojos. Una de las cuatro hamacas de la plaza se balanceaba solitaria de atrás hacia adelante. Se quedó absorto observando aquel suceso insólito, un incómodo sudor frío le recorrió la médula. Tenía a pocos metros de él uno de esos sucesos que solo parecen ocurrir en las más baratas películas de terror.

No recuerda con claridad cuánto tiempo pasó, pero recuerda aquella hamaca balancearse en un persistente vaivén durante casi quince o veinte segundos. Estaba paralizado. De un momento para otro, un pequeño golpe sacudió la ventana del acompañante y ese sonido bastó para sacarlo de aquel trance. Rápidamente echó un vistazo hacia la derecha, descubriendo, para su sorpresa, que no había nadie ni remotamente cerca que fuera de capaz de haber golpeado su ventana. Más asustado aún, comenzó a girar su cabeza de manera frenética buscando testigos, buscando un par de ojos que hayan visto lo que él. Repentina e inexplicablemente, la radio comenzó a sonar nuevamente con claridad y, cuando miró nuevamente hacia los juegos de la plaza, aquella inquietante hamaca se había detenido por completo.

En el momento en que las manos le dejaron de temblar, encendió el auto y, más por necesidad que por placer, decidió dar una vuelta más a la plaza para estacionarse frente a la Parroquia. La Iglesia contempló aquella situación tan muda como de costumbre. Mi abuelo la observó por unos largos minutos, y se despidió, no sin antes persignarse, con más fuerza que nunca.



# ¡A mí no me engañan las estatuas!

GIANNI ANTONEMA - INSTITUTO INMACULADA CONCEPCIÓN

RAUCH

¡A mí no me engañás!, grité en un museo, a la edad de siete años, con la mirada fija en aquel pedazo de roca con forma humana, esperando su movimiento, indicando otra pose. ¡Yo sé que vos te movés!, grité nuevamente, recordando cómo se movía la estatua de la plaza, haciendo distintas poses mientras le sacaban fotos.

Mi padre me tocó el hombro, enojado, diciendo que no grite y me preguntó por qué lo hacía.

—¡Porque esto está mal! —contesté desencajado por la rabia—. ¡Esta estatua es falsa!

—¿Qué querés decir? —volvió a preguntar.

—¿No ves que no se mueve? —respondí con obviedad.

—Claro, las estatuas no se mueven, hijo.

—Por supuesto que sí, ¡mirá! —dije, asumiendo que papá no sabía nada de estatuas. Levanté mi pie y lo dirigí al tobillo de la estatua—. ¡Ay! —grité al sentir el dolor en la punta de los dedos.

—¿Viste? —dijo papá sonriendo, mientras yo lo miraba furioso.

Años más tarde, ya con doce años, caminando por la plazoleta de la Municipalidad, al volver de la escuela, vi que la estatua del placero se movía. Me acerqué y repetí la acción que había hecho con la estatua del museo a los siete años.

—¡Ay! —gritó la estatua, mientras se agarraba el tobillo por el dolor de mi patada. Alcé los brazos en señal de victoria y grité: —¡Sabía que la del museo era falsa!

¡A mí no me engañan las estatuas!





# Es aquella vieja rompe pelotas

GIANNA CORDONE - SECUNDARIA 37

**MORENO**

Desde chico me enseñaron que casi todo en la vida se puede resumir en un libro, y si tuviera que resumir, a mi vecina la pondría como la bruja que siempre se lleva a los nenes. Yo sé que no hay vieja más mala e insoportable que la vecina de acá al lado. Y no es que soy malo por pensar eso, es que por ejemplo la otra vez jugábamos con los pibes a la pelota en el patio de casa, viste, y el Gordo pateó muy alto, tanto que la pelota cruzó la medianera y terminó en el terreno de la vieja. ¡Para qué!, hizo un escándalo de aquellos por haber estropeado su "jardín perfecto". Y, por si fuera poco, después nos pinchó la pelota; nueva era la pelota. Pero por lo menos tenía otra toda viejita y chirusa (como la vecina) que encontré tirada en el galpón y seguimos jugando con esa. Nosotros con tal de no perder más pelotas nos cruzamos al campito de enfrente, viste que tiene muchos árboles y hasta una montaña, es la parte de atrás de la plaza Buján, la del barrio, la que separa a Moreno de Paso del Rey; ahí cuando hace mucho calor empiezan incendios y vienen los bomberos, un quilombo. Cuestión que el bosquecito ese siempre fue tétrico y sombrío, viste, más de noche o si hay mucha niebla. Aunque de día siempre fue bastante lindo, con el pasto, la sombra justa de los inmensos eucaliptus y el solcito, así que todas las tardes que no jugábamos me tiraba de panza a leer. Como me crie prácticamente ahí, no le tengo miedo. Quizás suene a loquito de manicomio, pero siento una extraña conexión con él, quizás sea por la cantidad de libros de brujos, dragones y princesas que leí de niño. Recuerdo que me metía dentro de los árboles huecos y

decía pasar a otro mundo, como una especie de portal mágico... Me fui de tema. ¿En qué estaba? Ah, sí, la vieja. Podría contar mil historias de ella pinchándome las pelotas, pero eso no es lo que quiero puntualmente. La verdad de la milanese acá no es esto que estoy contando, sino un suceso que me pasó hace mucho tiempo... Estábamos jugando a la pelota en el descampado de enfrente con los pibes, estábamos todos, hasta el Rodillita (le decimos así porque vive mal de la rodilla). Y ahí hizo el Gordo de las suyas otra vez, pateó fuerte para que no nos metan un gol y la pelota terminó metida en el bosquecito este, entre uno de esos árboles huecos y el charco de barro que prácticamente llenaba un pocito que la vieja le mandó hacer a su marido para sacar tierra buena para sus plantas. Y viste cómo asustan esos eucaliptos, nadie se animaba a ir a buscarla, el solcito ya bajaba y no tenía todo el día, mi vieja justo me llamó para que la ayude a arreglar no sé qué cosa que se rompió en casa así que terminé entrando yo. Cuando llegué hasta la pelota cuidando no resbalarme y la alcé, sentí que me miraban. “Seguro son los pibes”, pensé, pero cuando me giré para verlos me di cuenta de que ellos habían hecho ronda para charlar y tomar agua y no había nadie cerca que me pueda estar mirando. Solo estaba la vieja regando su perfecto pastito con su típico delantal floreado y esas pantuflas aplastadas, esperando que se nos caiga alguna pelota para pincharla, porque estoy seguro de que hasta disfrutaba de romperlas; así de bruja era. Ah, sí, la pelota. Cuando la miré de vuelta tenía una mancha, así que le pasé la remera que ya bastante sucia estaba, la mancha se borroneó y no salió. La toqué con los dedos con asco y me la acerqué a la nariz para tratar de saber qué era. Tenía un olor fuerte y familiar; sentí que me mareaba. De un segundo a otro cayó la noche. Escuché ruidos raros, así que tratando de no parecer asustado quise salir, no pude. Mi cuerpo quedó paralizado en el lugar, mi mente procesó la acción y quiso enviar la orden, pero era imposible que respondiera. Mi cuerpo ya no era mío. Cerré los ojos y al abrirlos ya todo era vacío, vi todo negro. Caía a la nada misma.

Terminé cayendo sobre un charco de un líquido denso y de olor fuerte, el mismo olor de la mancha de la pelota: tinta. Y también olor a papel viejo. Habían cerrado el libro a media historia.

—Dale, boludo, ¡traé la pelota!

Era la voz inconfundible del Rodillita. Pero ya era muy tarde para llevársela. Mi cuerpo no respondía aunque intentaba. Nunca supe de qué hablaban mis amigos o si la vieja me iba a reventar más pelotas. En ese instante entendí que mi vida era tan corta como este escrito, porque en el momento en el que termina, mi existencia termina con él; y que muero y revivo tantas veces como la lectura de esta historia.

Fui cerrando mis ojos de a poquito, acostándome sobre ese mar de tinta y papel amarillento. Con la vieja rompe pelotas regando sus plantas como último recuerdo. Porque qué vieja hija de puta que era.



# Fugitivo reflejo del final

INÉS MORENA GORLA SANTISTEBAN - SECUNDARIA 7

**PILAR**

En un pequeño pueblo de la ciudad de Luján, las noches de invierno son más frías que en el resto de la inmensa Buenos Aires.

La soledad carece de sentido, cuando tenés compañía las sensaciones cambian, la existencia se torna sensata.

Cuando compartís una pequeña habitación pintada de celeste claro con una persona a la que amás más que a ninguna otra porque compartiste todo desde siempre, incluso el vientre materno, cuando compartís una cama de una plaza con un cuerpo de igual tamaño que el tuyo y mientras ambos duermen tironean de las sábanas en una pelea amorosa por conseguir la parte de tela que el otro calentó con su cuerpo inconsciente. Y te despertás con una sensación de enojo somnoliento pero, al voltear la cabeza, abrís con esfuerzo los ojitos pegados y ves a esa persona igual a vos, tan pequeña y tan inmensa con un pijama blanco exactamente igual al tuyo, y todo pasa.

Ya sé que nunca me cansaba de jugar, es que no tenía a nadie más y no quería a nadie más, porque vos eras todo lo que necesitaba. Perdoname por revolearte cosas en momentos serios y frente a otras personas, cuando me advertiste que por mi bien no lo haga. Perdoname por seguirte a donde ibas, aunque me pediste que te espere en la pieza, pero los días adentro se hacían eternos y a veces la idea de que a la tardecita volverías a jugar y a dormir conmigo simplemente no era suficiente.

Y perdoname por enojarme tanto ese día, si me hubiese podido controlar, si no te hubiese pegado en frente de mamá, hoy seguiríamos juntos. Es que me habías dicho que ibas a volver temprano, pero te fuiste a jugar con tus amigos sin decirme y yo me quedé esperándote todo el día y toda la noche sin dormir, encerrado dando vueltas en los nueve metros de jaula celeste. Y apareciste a la mañana siguiente como si nada hubiese pasado y yo corrí a ver si estabas bien con lágrimas en los ojos y lo único que me dijiste fue que te habías olvidado de decirme y entonces todo pasó, tan rápido como solo las peores cosas pasan.

Entonces empezaste a llorar también, ahora sé que no por el golpe, sino porque sabías lo que nos esperaba. Y como siempre, tenías razón.

Al otro día empezó el torbellino de personas desconocidas, de adultos invasores con micrófonos y cámaras.

Esta vez te hice caso y me quedé todo el día quieto, en silencio, acurrucado en un rincón, observando la casa llena con mirada asustada, invisible como siempre para todos menos vos.

No entendía por qué había venido tanta gente a intentar sacarme, con ese humo de olor extraño y esa agua helada que llaman bendita que al salpicar mi cara se mezclaba con mis lágrimas tibias. Y yo te veía en el otro extremo de la casa también llorando, por mí, por mi sufrimiento demasiado inerte, porque ya era tarde, y te escuchaba decirles a los que te acosaban a preguntas sobre aquel ser espectral que siempre te seguía que todo estaba bien, porque todo estaba bien, pero solo nosotros lo sabíamos.

Y cuando me dirigiste esa sonrisa que pretendía transmitir tranquilidad, se te escapó el reflejo del final.

Y entonces entendí todo. Ya hace tiempo no vivo.

Solo vos me mantenías acá, solo para vos estoy acá. Ya sé que vos lo sabías, y, tranquilo, no estoy enojado porque no me lo hayas dicho, fui yo el que no se dio cuenta, el que pensó que era posible vivir por el mero hecho de que alguien te ame.

Nacimos juntos y compartimos una realidad perfectamente irreal, pero ahora entiendo todo, y sé que este no es mi sitio, que debo irme a ese lugar donde las almas se reúnen y el tiempo no corre y dejarte vivir, vivir de verdad, que la habitación celeste es muy pequeña y que la cama de una plaza nos quedó chica.

No te preocupes por mí, me voy caminando todo lo que nunca caminé a ese lugar que vos siempre me dijiste era mejor. No lo entendía, pero ahora lo entiendo, y por eso me voy feliz.

En un pequeño pueblo de la ciudad de Luján, las noches de invierno son más frías que en el resto de la inmensa Buenos Aires, pero, tranquilo, porque me llevo puesto el pijama blanco y en una mochilita nuestra manta cuadrillé.





# 1836: Angustias del pasado

GUADALUPE ANAHÍ TIBERIO - SECUNDARIA 3

MAIPÚ

Hipólito y Prisca Hidalgo de Aguilar tenían nueve hijos; la mayor, Nélica, de veinte años, estaba casada con Constancio Torres; luego le seguían las mellizas Celestina y Eleonora, quienes habían cumplido recientemente los dieciocho; ellas eran sucedidas por el primer hijo varón de la pareja, Víctor, quien a sus dieciséis años ya casi dominaba a la perfección el oficio de su padre: la producción ganadera y el arrendamiento de tierras; a este lo seguía de cerca su hermana, Aurea, la jovencita de casi quince años, quien no daba puntada sin hilo, pues gracias a su astucia lograba acabar sus quehaceres en tiempo récord, cosa que admiraba Genoveva, de trece, quien adoraba pasar su tiempo libre tragando a velocidades inhumanas libros y libros de romances imposibles y trágicos finales; Minervo, de diez años, asustaba a sus hermanas menores, Dorotea y Faustina, de ocho y seis años, respectivamente. Ellos eran dueños de las tierras que actualmente ocupa parte del pequeño pueblo de Las Armas.

La noche en que todo comenzó, Aurea se despertó con la sensación de estar siendo observada. Efectivamente, había una pequeña figura, parada junto a su cama, camión blanco, cabello largo y oscuro, descalza, en silencio, observándola dormir. Aurea se quedó asustada, rígida, con las cobijas casi cubriéndole la mitad del rostro, entonces el ente emitió un agudo sonido:

—Aurea, tengo miedo.

—Casi me da un síncope, Faustina —la retó ella, volviendo a respirar tranquila—. ¿Qué pasa? Andá a dormir, que es tarde y mañana hay que levantarse temprano.

—Pero es que vi a una chica en el pasillo, tenía el pelo largo, largo y brillante, la piel también le brillaba, pero en color celeste, parecía un ángel... y me asusté, ¿si hay un ángel en la casa, se va a morir alguien?... igual no tenía alas, por ahí es un ánima.

—¿Y qué hacías en el pasillo? —Aurea salió de la cama—. Dejá, no me contestes, seguro te dio hambre por no terminarte la comida...

—Escuché un ruido... —musitó la pequeña— y tengo ganas de hacer pis.

Aurea suspiro y tomó de la mano a su hermanita y salieron al patio interno. Luego de llevarla a hacer sus necesidades básicas, volvieron a dormir. A la mañana siguiente, luego del desayuno, Eleonora escuchó a la menor de sus hermanas contándole algo que le llamó la atención de sobremanera, Dorotea y Genoveva oían muy atentas la narración en la que Faustina afirmaba haber visto un espíritu vagando por el patio de la casa.

—Sí, y un airón hoy al alba me voló las sabanas que había tendido... se enredaron en la rama de un árbol y cuando las saqué, me encontré una lechuza —comentó Genoveva, asustando a sus hermanas—. Algo malo ha de estar por pasar.

Celestina se despertó en mitad de la noche, tenía un sentimiento muy extraño que le oprimía el pecho, se giró en la cama, dispuesta a seguir durmiendo, pero notó que la cama de su melliza estaba vacía. Con un mal sabor en la boca, salió de la cama, se calzó los primeros zapatos que encontró y procedió a despertar a Aurea, quien se preparó para salir a buscar a su hermana. Salieron al pasillo luego de avisarle a Genoveva que cuidase de las más pequeñas. Con el corazón en la garganta, le pidieron ayuda a Víctor, Minervo e Hipólito.

Con linternas y faroles recorrieron la casa y los alrededores, pero quién diría que lo que había visto Faustina no era producto de su hiperactiva y creativa mente de niña pequeña, como lo había asumido

Aurea: junto al aljibe estaba parado el misterioso ente que la más pequeña de los Hidalgo había comparado con un ángel.

Era una figura alta y esbelta, brillante cabello color dorado, largo, con suaves ondas, tenía aspecto de ser más suave y fresco que la seda, una tez resplandecientemente blanca con un leve tono celeste, labios rosados y sus ojos eran dos llamativos orbes similares a las amatistas que resaltaban el aura esotérica que rodeaba a la figura. Hipólito se quedó helado mirando la figura fantasmal que se alzaba a unos metros de ellos; Víctor, que pasó su atención de la misteriosa mujer a su padre, pudo notar un leve temblor en él, quien suspiró con nostalgia una sola palabra: “Alba”, bien podría referirse al crepúsculo o ser un nombre.

Como un susurro suspendido en el viento, se pudo escuchar claramente la melodiosa voz del espectro, el cual dijo con serenidad: —Búsqwenla en la laguna... —para luego dispersarse en el aire, de forma similar a la neblina, dejando en una especie de shock a los presentes.

Corrieron muy apurados al lugar indicado por el espíritu, hallaron a Eleonora con el agua al cuello, tenía los ojos abiertos.

—¡Nora! —la llamó Minervo, ella no respondía, todo lo contrario, seguía avanzando hacia el centro de la laguna—. ¡Eleonora! —volvió a clamar el niño, con temor.

Al ver que su melliza no respondía, Celestina comenzó a entrar en pánico, Aurea trató de tranquilizarla, pero no lo logró, entonces Víctor se zambulló en el agua, nadó hasta su hermana mayor, a la cual ya solo se le veían las puntas de su negro cabello, el sol comenzaba a asomar en el horizonte, el chico llegó hasta Nora y la sacó de la laguna como pudo.

—No respira —anunció castañeando los dientes por el frío.

Hipólito trató de hacer que su hija respondiese, pero no lo logró, Eleonora ya había muerto y se preparaba para unirse al causante de su defunción. Una sombra observaba la escena con una sonrisa de satisfacción en el rostro, Rómulo estaba encargándose de llevar a cabo su antigua venganza hacia los Aguilera.

Todos lloraron a Eleonora por semanas, y una noche de luna llena, Alba y Rómulo se encontraron frente a la reciente lápida que adornaba el pequeño cementerio en la propiedad de los Hidalgo de Aguilera.

Rómulo se agachó y comenzó a escarbar la tierra con sus manos, al llegar al féretro, lo abrió de un manotazo y clavó sus largos colmillos en el interior del antebrazo del cuerpo inerte de Eleonora, la cual, luego de unos segundos, abrió los ojos de golpe.

—Bienvenida a tu segunda vida, sobrina —suspiró con pesar Alba.

—Estás muerta, bueno, no del todo —hablo con ironía Rómulo—, ahora sos un no muerto.

# Cementerio viejo

EVANGELINA MONTES DE OCA - INSTITUTO SAN FRANCISCO DE ASÍS

AZUL

—“Solo puede entenderte quien pasó por lo mismo”. ¿Qué piensa de ese dicho, licenciado?

—Pienso que no es necesario, para ayudarte solo necesito que me cuentes.

—Esto no le sucede a todo el mundo, pero necesito desahogarme y qué mejor que un psicólogo

—¿Podrías ser más específico?

—Sí. Hace meses me mudé a la casa de mis abuelos en un barrio apartado del centro. La gente decía que era un barrio peligroso, pero no tenía otra opción ya que me había quedado sin trabajo.

—Por favor, prosiga.

—Nunca he creído en espíritus, pero en el barrio hay muchas de esas historias. Un vecino me contó que una noche había escuchado ruidos y, al ir a la cocina, había visto a su abuela muerta cocinando.

—¡Qué extraña situación! Pero ¿qué tiene que ver con tu problema?

—Como ya le conté, estaba desempleado. Entonces decidí invertir mis ahorros en un taller mecánico, ya que sé reparar autos y el garaje es espacioso. ¡Qué difícil! Lo comprendo si piensa que estoy loco.

—¿Por qué lo haría?

—Porque en el terreno donde está mi casa estaba el cementerio viejo.

—¿El cementerio viejo?

—Sí, hace muchos años, en ese lugar había un cementerio llamado “Cementerio de los pobres”, allí sepultaban a quienes no podían pagar sepulturas. Alrededor de 1950 fue desactivado y los cuerpos fueron trasladados al otro camposanto llamado, a partir de entonces, Cementerio Único. Obviamente quedaron cadáveres olvidados. Luego se construyó el barrio.

—Sigo sin comprender.

—Déjeme explicarle. Como todo taller mecánico, necesitaba una fosa, así que comencé a cavar el pozo, pero ese día solo sellé las paredes para evitar que se desmoronen. El contra piso lo haría el día siguiente. (*Llanto*).

—Tranquilo.

—La siguiente mañana entré al taller y vi marcas de manos hechas con sangre que iban desde el interior de la fosa, seguían por la pared hasta el techo y allí una nota que decía “Gracias por liberarme”. ¿Comprende, licenciado? Había alguien sepultado en ese lugar.

—Sí, por supuesto que te entiendo. Nuevamente, ¡GRACIAS POR LIBERARME!

# La curva de la novia

VICTORIA DE LOS MILAGROS COPPARI - TÉCNICA 1

ROQUE PÉREZ

*Domingo 1 de septiembre de 19...*

Hoy, un día lluvioso, sería el día más feliz de la vida de cualquier mujer, su boda. Un motivo de orgullo para cualquier persona; pero no para mí, mi actual amante me ha llevado con él a la fuerza, quizás fue lo mejor para mí, o quizás no. Ahora nos enfrentaba a una gran tormenta. Mientras atravesábamos el camino por una curva cerrada, de repente el sulqui patinó y todo se volvió negro...

—¡Mamá! —despertó la joven niña llorando— ¡Otra vez tuve esa pesadilla!

—Tranquila, cariño. Ya estoy aquí, no pasa nada, fue solo otro sueño, ¿sí? Intenta dormir, que todavía es temprano —dijo su madre cuando cayó un fuerte trueno y comenzó a llover.

Cuando recobré la consciencia me hallaba en el piso, me levanté y vi a mi amante, sus manos manchadas en sangre y un cuerpo entre sus manos, mi cuerpo y sin cabeza.

—¡Mamá!

—Duerme, cariño, mañana salimos temprano —repitió la madre para volver a arropar a la niña y dejarle un beso antes de regresar a su dormitorio.

Estaba llorando, grité; pero de mi boca no salía nada, en cambio, presencié cómo aquel al que yo quise como amante y sus recién llegados amigos, en plena noche de tormenta, se deshicieron de mi cadáver. Cuando quise darme cuenta estaba siendo atravesada por el cuerpo de uno de esos hombres.



—¡Mamá!

—Ya, hija, se fue la luz; pero aquí estoy, toma, te traje una vela. Ya falta poco para la hora de irnos, descansa que te llamaré luego.

Se fueron, me han dejado sola, aquí, en plena noche y a mitad de camino. Si tan solo no me hubiera escapado de mi marido, no hubiese perdido mi vida ni la de mi futura niña.

Así pasé vagando toda la noche y las que siguieron, pero siempre vuelvo al mismo lugar. ¡Será mi destino habitar estas curvas y sus caminos! Cuando me llevé una mano por inercia a mi rostro, patinó por el vacío, si bien tanteo el viejo velo del vestido, no consigo dar con mi rostro, pero sé que el velo sigue ahí.

Durante años he pasado recorriendo estos caminos, a veces a pie, y a veces en caballos, autos, siempre acompañando a los viajeros por el breve tramo rural. A veces me ven, pero me ignoran, otras, los sorprende. Y ahora estoy por seguir a la familia de esa joven niña que me recuerda a mí y que pudo ser mi hija.

Tienes, no, debes recordarme, narra mi historia como debe ser.

—Cariño, es hora de despertar —llamó dulcemente la madre a su pequeña—. ¿Has podido dormir bien?

—Sí, pero lo último fue extraño, yo...

—Nos explicarás a tu padre y a mí de camino, hija. Vamos, cambiate que se enfría tu desayuno.

Estaba de camino por el campo de la Paz Chica cuando vi un atisbo de reconocimiento por parte de la niña, sé que me ha visto, lo puedo adivinar por su mirada, a la cual me he acostumbrado con el correr de los tiempos.

Mientras sonreía, aunque no me pudieran ver sonreír, escuché:

—Hija, ¿quieres contarnos qué has soñado por la noche por décima vez en la semana? —comenzó la madre.

—Con el cadáver de una novia que habitaba la curva que cruzamos al llegar —respondió la niña, siendo interrumpida por su padre.

—Curioso. He escuchado de algunos residentes un par de leyendas, me contaron varias, y aquella que no he podido olvidar por el misterio que guarda es la del cadáver de la novia sin cabeza. Dicen

que se aparece de noche, siempre por esa misma esquina que dices, y que acompaña a los viajeros por una pequeña sección del tramo. Pero nadie sabe qué es lo que le pasó realmente, algunos dicen que murió en un accidente, otros, que la asesinaron y tiraron su cadáver por aquí, pero nadie sabe afirmar qué es lo que le pasó a esa desdichada mujer aquella noche.

Mientras, nadie advirtió el espanto en la cara de la joven que fue la única que verdaderamente me vio pasar por su lado aquellos días y aquellas noches en lo que duré en contarle mi historia. Mi trabajo estaba hecho, pues, me aseguré de que nadie me olvidará con el pasar de los tiempos, entonces me volví sonriendo y retomé mi camino hacia mi eterno compañero, el camino.



# Misterio en la Sierra de las Ánimas

AGOSTINA LUANA GRIPPO - SECUNDARIA 1

TANDIL

¿Qué tanto solemos escuchar a diario mitos urbanos o historias fantásticas? ¿Cuántas veces dijimos que son solamente producto de nuestra imaginación? Es creer o reventar, pero eso lo dejo a tu criterio. Te invito a sumergirte en esta historia que seguramente te ponga los pelos de punta y te deje con mucha intriga.

La familia Cooper se mudó a la ciudad de Tandil a una bella casa a tan solo unas muy pocas cuadras de la famosa “Sierra de las Ánimas”, para ser exactos, a tres cuadras justamente. Ese mismo día por la tarde, después de desempacar y acomodar las miles de cajas de la mudanza, Alice y Derek salieron junto con sus dos bellas hijas adolescentes de quince y diecisiete años, llamadas Betty y Verónica, a recorrer el barrio encantador al cual se habían mudado ese mismo día por la mañana. Un barrio hermoso que ofrecía unas vistas perfectas de las sierras y de la ciudad, muy tranquilo a su vez, donde por la mañana se podían escuchar a los pájaros y los rayos del sol apuntaban todo el día. Pero había algo que no sabían, y era que una historia rondaba por las calles del Barrio Uncas y muy pocos la creían; ¿serán Betty y Verónica Cooper una de esas pocas personas que creerán en esa historia? Eso lo vamos a descubrir más adelante.

Durante su recorrido por el barrio, la familia se topó con una tranquera, la cual tenía un cartel que decía “Sierra de las Ánimas, prohibido su paso”; después de mucha insistencia por parte de ambas hijas para poder acceder al camino, sus padres se negaron rotundamente a darles el permiso. La familia volvió a su nueva casa para

poder cenar y dormir. Llegada la hora de dormir, Betty no podía conciliar el sueño de tanto pensar en aquellas sierras que tenían el cartel que les prohibía su paso, entonces decidió ir al comedor a mirar un poco de televisión; al llegar ahí, se encontró con su hermana, quien tampoco podía dormir. Luego de una larga charla con Verónica sobre las misteriosas sierras y de decidir que al siguiente día irían por cuenta propia a esas sierras, cada una se fue a su habitación.

En la mañana del día siguiente, dadas las ocho en punto, las dos hermanas se levantaron sigilosamente para poder desayunar y luego partir rumbo al mismo lugar donde habían estado la tarde anterior con sus padres; pero claro, sus padres no se levantarían hasta el mediodía, ya que el día anterior había sido un día muy atareado y agotador con toda la mudanza; por ende, antes de irse, las hermanas les dejaron una nota diciendo que habían salido a recorrer un poco más el barrio y que regresarían para las dos de la tarde. Terminada esa nota las hermanas agarraron sus teléfonos junto con las llaves de la casa y partieron rumbo a las sierras haciendo el mismo recorrido que el día anterior.

Al llegar al lugar se toparon con una pareja de ancianos, los cuales frenaron a las niñas y sin darles tiempo a decir algo, les dijeron:

—Este lugar es un lugar con mucha energía, cuenta la leyenda que lleva ese nombre por “las ánimas en pena”, refiriéndose a los espíritus de los muertos que en vida padecieron injusticias y que vagan por los campos hasta tanto los vivos no logren conjurar el hechizo que los hizo temibles. Estos espíritus aparecían como “luces malas” o “fuegos fatuos”. Se cuenta por ahí que en la Sierra de las Ánimas alguien vio, en ciertas noches, luces blancas, amarillas y rojas como danzando de piedra en piedra; también se cuenta que en todo el barrio las luces de la calle se apagan dadas las tres menos veinte de la madrugada y vuelven a prenderse diez minutos más tarde. No es un lugar para que vengan solas de noche, niñas, no muchos logran pasar la noche ahí porque dicen que los espíritus los espantan.

Dicho eso, la pareja de ancianos se fue y las hermanas también regresaron a su casa, no sin antes prometerse que esa misma noche

volverían para acampar allí arriba. Luego de muchas horas de insistencia por parte de las niñas, los padres accedieron a dejarlas ir, ya que pensaron que esa historia era producto de la imaginación de sus dos hijas adolescentes. Dadas las seis de la tarde, las hermanas partieron rumbo a las sierras con sus respectivas cosas para acampar. Luego de un largo rato de subida hasta la cima, comenzaron a preparar su campamento. Dadas las diez de la noche, decidieron ir a la carpa para poder descansar; pero luego de media hora, comenzaron a ver sombras y a sentir que movían su carpa; asustadas, salieron de la carpa, vieron un árbol con un dibujo de un indio enojado en su tronco indicando que se vayan; luego comenzaron a escuchar ruidos provenientes de donde se encontraba la carpa y, sin decir más, bajaron lo más rápido posible de allí y en menos de cuarenta minutos las hermanas estaban en su casa. Pero eso no iba a quedar así, al llegar a su casa y excusarse con sus padres de que “hacía mucho frío allí arriba”, se quedaron toda la madrugada investigando y leyendo sobre aquel lugar y, dadas las tres menos diez de la madrugada, vieron cómo todas las luces de la calle se apagaron dejando a todo el barrio a oscuras y, tal como lo contó la pareja de ancianos, diez minutos más tarde, las luces se volvieron a prender.

Al día siguiente, toda la familia salió a dar un paseo y sus padres quisieron subir a Las Ánimas; al llegar a la cima, las niñas vieron a la parejita de ancianos que habían visto la tarde anterior y los saludaron de lejos, a lo que los ancianos correspondieron con una sonrisa y una seña que indicaba que se les acercaran. Ellas fueron a decirles a sus padres que iban a hablar con la pareja de ancianos que estaba en aquel árbol y se extrañaron cuando sus padres les dijeron que ellos no veían ningún árbol ni ninguna pareja de ancianos. Y como si fuera por arte de magia, las adolescentes, al voltearse para ver, vieron que el árbol y los ancianos se habían esfumado.



# La estación de tren

JAZMÍN ABRIL SAN MARTÍN - ESCUELA AGROTÉCNICA Y  
ESCUELA DE EDUCACIÓN ESTÉTICA

## CORONEL PRINGLES

Hola, soy Martín, tengo 9 años, vivo con mis padres y mi hermano mayor Alejandro en Coronel Pringles, nos llevamos muy bien, aunque con mi hermano a veces nos peleamos, pero enseguida nos arreglamos. Mi día favorito de la semana son los domingos, porque vienen mis abuelos a comer las ricas pastas que cocinamos con mi mamá. Voy a la escuela, tengo muchos amigos con los que juego a la bolita y al fútbol con una pelota de papel. Mis dos mejores amigos son Carla y Juan, vivimos en el mismo barrio y vamos juntos a la escuela, a veces vamos caminando y otras veces en bicicleta. Algunas tardes vamos a merendar a la casa de Juan, ya que su abuelita cocina unas tortas riquísimas.

Me gusta mucho ir a la escuela, porque mis maestras son muy buenas y jugamos mucho con mis compañeros. Mi materia favorita es Prácticas del Lenguaje, porque leemos cuentos sobre superhéroes, mi favorito es Batman. Con mi amiga Carla creamos superhéroes imaginarios y con diferentes superpoderes.

Con mi papá solemos ir a andar en bicicleta, excepto los días en los que trabaja mucho porque llega muy cansado, con mi mamá jugamos a ser superhéroes y cocinamos las mejores galletitas de chocolate y con mi hermano hablamos acerca de diferentes deportes como tenis, fútbol o natación.

Un día Alejandro propuso ir a la estación de trenes para ver las nuevas máquinas que habían llegado, ya que me gustaban mucho, de hecho tenía una locomotora de juguete que me había regalado mi



abuelo para navidad. La pasamos muy bien ese día, habíamos armado un picnic y llevado una pelota para poder jugar.

Unos días después, invité a mis amigos a ir a los vagones del ferrocarril para ver los nuevos trenes increíbles que habían llegado. Antes que nada, fuimos a pedirle permiso a nuestros papás, que se estaban preparando para ir a la iglesia, nos dejaron ir con la condición de ponernos una campera ya que era agosto y hacía un poco de frío. Fuimos corriendo hacia los vagones, estábamos tan emocionados y contentos de estar ahí, luego un amigo señaló la plataforma que hacía girar la máquina y nos subimos para jugar.

Después de un rato, llegó mi hermano a buscarnos, se veía que estaba triste. Cuando llegamos a casa, mis papás estaban llorando, pensé que tal vez les había sucedido algo a mis abuelos, me dirigí hacia mi habitación a jugar con la locomotora de juguete un largo rato hasta que llegó la hora de cenar. Cuando me dirigí a la cocina, vi a mi hermano poniendo los platos, a mi padre sentado en el sillón sin emitir ni una palabra, y mi madre preparando mi comida favorita que era la ensalada de papa. Me senté junto a ellos, pero no notaron que estaba allí, no me miraban, no hablaban ni comían. Sentía que estaba a miles de kilómetros lejos de ellos, quería sentir un abrazo calentito de mi papá, unos dulces besos de mi mamá, jugar con mi hermano... pero yo estaba solo y ellos con un mar de emociones en los ojos.

Necesitaba abrazar a mis papás, hablar con mi hermano, jugar con mis amigos. Desde ese día entendí que nunca más sería lo mismo, que mis padres no iban a tener un chiquito a quien cuidar, que mi hermano no iba a tener a quién pelear, que Carla no iba a tener a un amigo con quien inventar superhéroes, que Juan no iba a tener a quién contarle qué chica le resultó linda, que mis maestras no iban a tener al alumno que siempre leía a María Elena Walsh.

Que nunca más iba a volver a jugar.

# La galería de madera

FRANCISCO CONTRERAS - INSTITUTO JUAN SEGUNDO

FERNANDEZ DON BOSCO

## SAN ISIDRO

Había comenzado a trabajar en esa hermosa galería de madera de la calle Belgrano, zona céntrica de San Isidro, con un agradable paseo, asientos de roble y macetas floridas. Me daban treinta minutos para almorzar y me sentaba en un banco mientras me relajaba y disfrutaba de mi almuerzo. Fue en ese momento que lo vi por primera vez, ese hombre, sentado en un banco alejado, su postura curva, inclinado hacia adelante, los brazos cruzados y la mirada fija en un punto. Resultaba extraño a la vista, por su inmovilidad imperturbable, como si formara parte de la decoración de ese lugar.

Cada vez que iba a almorzar, lo veía, siempre en la misma posición, con la misma ropa y descubrí que, aunque la gente lo observaba y sentía curiosidad, parecía que no así los animales, ya que los pájaros se posaban en él como lo harían en un árbol, y los perros que pasaban por allí algunas veces lo olían y luego levantaban su pata para orinarlo. Pero seguía quieto, ausente de lo que pasaba a su alrededor.

Un día decidí acercarme y preguntarle:

—Hola, amigo, ¿todo bien? ¿Necesitás algo? —No hubo respuesta.

Ya me había acostumbrado a verlo, a tal punto que, antes de dar un bocado, primero debía cerciorarme de su presencia. ¿Me estaré volviendo loco? ¿Por qué es tan importante para mí verlo allí? Fue pasando el tiempo y aunque hubiera sol o lloviera siempre era igual.

Al cabo de unos meses, y siempre con la misma rutina, conseguí mi efectividad en ese trabajo, pero descubrí con gran asombro que el

hombre ya no estaba donde siempre. Me sentí inquieto, y preocupado al instante, algo me faltaba, ya no quería almorzar.

Necesitaba su presencia, así que me di vuelta buscándolo con la mirada en la galería y, al no encontrarlo, me acerqué a donde él solía sentarse. Miré fijo el asiento y casi sentí la obligación de sentarme. Sin proponérmelo y muy despacio, mi cuerpo se ubicó en el asiento, en forma automática e involuntaria, la postura curva, los brazos cruzados, y la mirada fija en un punto...

Ya estaba ahí, presente pero ausente, algunos me miraban y otros ni se percataban de mi dolorosa presencia, como si me hubiera convertido en parte de la galería de madera.

# El Skate Park

LAURA HAEBERLI - EESA N°1

## GENERAL ALVARADO

En Miramar, en la plaza céntrica se ha construido un hermoso lugar, la pista de skate. Allí nos juntamos varios chicos a disfrutar de esos momentos únicos e inexplicables, música agradable, el tiempo que nunca pasa o pasa diferente. Skaters buenos, muy buenos y aprendices, charlas y marcas en cada muro. Siempre pensé que son pequeñas obras de arte anónimas y tan parte de nuestra identidad. Todas excepto la calavera, nadie sabe cómo se pintó, pero es inspiración de todo tipo de historias. Una inscripción aparece debajo de su boca negra: tu libertad, solo sobre ruedas.

De todas las piruetas, había unas que eran extraordinarias. Solo una era sobrenatural, la del chico con gorra negra. Las ruedas simplemente volaban y parecía desaparecer, porque su figura se confundía con la oscuridad. Él no hablaba, se presentaba siempre cuando bajaba el sol. Jean negro, camisa a cuadros, zapatillas Vans y la visera negra. Su figura intrigante formaba parte de la magia que lo rodeaba. Lo admiraba secretamente.

Una tarde mi primo nos mostró su nueva adquisición, un dron. Obviamente fuimos a grabar trucos y piruetas desde arriba y desde todos los ángulos. Pensé en él. Piloteamos el dron, la pista, los vaivenes, risas, complicidades, asombros, todo estaba siendo retratado a la perfección. De repente, la pantalla se puso negra. Elevamos más el foco y allí se visualizó claramente la calavera. Nos quedamos impactados. Desde aquella cara, boca abierta, vimos desprenderse una figura. No había dudas, su patineta, la gorra. Cada vez que el

joven pasaba, una lengua larga y repugnante lo impulsaba a hacer las pruebas y piruetas imposibles, jamás vistas. Una brisa gélida nos sacudió. Corrimos hacia el lugar, él ya no estaba. Simplemente, se esfumó. Fuimos varios días seguidos, nada. Nunca más apareció. Muchas explicaciones, teorías, historias giraban en torno a su gran ausencia.

La calavera sigue intacta, ahora sé que guarda un secreto y nosotros también.

# Feliz Neo-Wise

SANTINO ARIAS - TÉCNICA 1

## ITUZAINGÓ

23:30

Pablo y sus dos amigos se dirigen a los edificios abandonados de Ituzaingó. Falta media hora para su cumpleaños y está emocionado porque dentro de una hora pasará el cometa Neo-Wise (vuelve a pasar por primera vez después de 6800 años de su última aparición). Él siente que no es coincidencia que este suceso pase en la primera hora de su cumpleaños. Por eso quiere presenciarlo en un lugar donde la contaminación lumínica no moleste tanto.

23:45

Llegaron a los tres monoblocks deteriorados de Ratti, en un gran terreno vacío, oscuro y descuidado. Se colaron con sus linternas por una parte rota del alambrado que cubría el lugar, y se metieron sin pensarlo al edificio más cercano. Estructura de ocho pisos, se detuvieron a la mitad a investigar, no querían ningún imprevisto. Luego de ocho minutos, decidieron ir hacia la terraza y sentarse en la cornisa, presenciando una vista hermosa.

23:59

Con vértigo y con emoción, porque faltaba menos de un minuto para su cumpleaños. Los amigos, para olvidarse del frío de esa noche tan cerrada, se pusieron a cantar "Que los cumplas feliz, Pablo". Después de los saludos, palabras y burlas hacia él, se enfocaron en observar el cielo.

00:30

Repentinamente percibieron un temblor que los asustó y los sorprendió. Impuso en sus miradas una duda, entre volver o quedarse. A punto de tomar sus cosas y marcharse, Pablo se percató de que en el Este se empezaba a observar el Neo- Wise. Decidieron quedarse.

00:45

Luego de ver el recorrido del cometa por completo, notaron que en el piso 4 del edificio continuo había tres personas con linternas. Por miedo de cruzárselos al bajar, decidieron esperar ocho minutos más. Descendieron un par de pisos con cautela y notaron que las personas del otro monoblock ya estaban arriba y sentados en la cornisa.

00:59

A segundos de salir del predio, con el mismo frío que tenían cuando llegaron, se comienza a escuchar a lo alto de la estructura de al lado... “Que los cumplas feliz... Pablo”.

## Día 321

FIGURELLA SCHEITING - SECUNDARIA 8

### SAN MARTÍN

Solo salgo para pasear a Clavis, que 24/7 ladra a quien pase. En casa no lo aguantan más.

—Sacá al perro —me ordenaron. Y tuve que ir.

Caminamos por Malvinas hasta la plaza de la estación y volvemos por la avenida, hasta Ayacucho. Es la rutina de siempre. Pero se ven unos nubarrones, así que nos apuramos. A unas cuadras se levanta un ventarrón, y me topo con un trapo rojo. Me distraigo con su zarandeo y escucho que algo cruje, aunque no hay nadie. El paño sobrevuela y se desploma en la calle.

Peleo con Vis para acercarme y cuando me agacho empieza a abrirse el piso. Clavis comienza a levitar y ascienden franjas de tierra que llegan al cielo, dividiéndose con un trazo luminoso. Mi cuerpo se estampa contra una placa transparente, que me traga de a poco. No logro moverme y todo se oscurece.

—¡Llamad al comandante! ¡Unitarios a la vista! —me despiertan vociferando—. ¡Arriba! ¿Ainda usted tieso con este tormentón?

—¿Ende tiré el uniforme? ¡Se me voló la divisa! —digo, tratando de entender.

—¡Por el socavón, a la casa! —gritan. Escucho un portazo y Vis ladra. Logro verlos y uno se acerca.

—¡Perro que ladra no muerde! ¡Estaba tendido con la divisa! —toma la tela y siguen.

Luego resuenan golpes en clave y uno avisa:

—¡Don Rosas, lo llaman del cuartel! ¡Vienen los Unitarios!



No escucho la conversación, solo el grito de ¡Viva la Confederación Argentina! y a todos repitiendo lo mismo al unísono.

De pronto, el arengador me ordena:

—¡Firme, soldado! ¡Llevad el uniforme! ¿Acaso no sois del cuartel? —y luego, dirigiéndose a los demás—: ¡Despabiladlo para la batalla que no es de fiar el soldado a medio pelo! ¿Y la bestia? —interroga al descubrir a Vis.

—¡No, Vis! —grito mientras me agarran.

Y esas tres letras fueron suficientes para que conjeturen.

—¡Es Purvis, la bestia del loco traidor! ¡Es un soplón Unitario! — alcanzo a oír en medio de los disparos—. ¡Escapad por los túneles! ¡Desertores, matadlo!

Al sonido de una explosión siento que me sueltan. Despierto por la lluvia. Ya no escucho ladridos.





# Índice

La estancia de Wassermann	13
<i>María Sol Lorenzo</i>	
Una paloma y dos lunas	17
<i>Morena Sol Stele</i>	
Camino de encuentro	21
<i>Karen Ochoa</i>	
El viejo gomero	25
<i>Milagros Abigail Caraballo</i>	
Esperando el colectivo	27
<i>Tiziano Szayner</i>	
Secretos de una niñez	31
<i>Fabiana Meza Casco</i>	
De pozos, de bestias, de vientos...	35
<i>María Lucia Berruet Marchett</i>	
La Saavedra Lamas	39
<i>Tomás Nahuel Aquino</i>	
El Sereno	43
<i>Lucía Aranguren</i>	
El ritual	45
<i>Antonella Martino</i>	
Tan solo un puente...	47
<i>Camila Campas Sayal</i>	
La luz mala	49
<i>Thomas Moreno Cañete</i>	

Vaivén	51
<i>Ezequiel Sciain Piraini</i>	
¡A mí no me engañan las estatuas!	55
<i>Gianni Antonema</i>	
Esa vieja rompe pelotas	57
<i>Gianna Cordone</i>	
Fugitivo reflejo del final	61
<i>Inés Morena Gorla Santisteban</i>	
1836: Angustias del pasado	65
<i>Guadalupe Anahí Tiberio</i>	
Cementerio viejo	69
<i>Evangelina Montes de Oca</i>	
La curva de la novia	71
<i>Victoria de los Milagros Coppari</i>	
Misterio en la Sierra de las Ánimas	75
<i>Agostina Luana Grippio</i>	
La estación de tren	79
<i>Jazmín Abril San Martín</i>	
La galería de madera	81
<i>Francisco Contreras</i>	
El Skate Park	83
<i>Laura Haeberli</i>	
Feliz Neo-Wise	85
<i>Santino Arias</i>	
Día 321	87
<i>Fiorella Scheiting</i>	





Esta edición de 5000 ejemplares  
se terminó de imprimir en Imprentas del  
Estado Bonaerense, 3 y 523, Tolosa,  
Provincia de Buenos Aires,  
en marzo de 2021.



